

## UN HURACAN DE CABELLOS NEGROS

Una tarde de verano, inusualmente, un viento fuerte se levantó entre mi falda. No sé bien de donde vino, como consiguió engañar a la brisa que me rondaba. Me quedé mirándolo, buscando su cara, para preguntarle directamente: - ¿De donde vienes? Pero pronto alcancé a divisar el color verde de las montañas, el barrizal de los caminos abruptos y el sabor a mandarina de mi selva linda, allá, al otro lado del mar.

Le extrañó verme por aquí, en este país, donde la mujer que me pertenece no figura en ninguna familia, a pesar de trabajar de casa en casa rodeada de personas, sin recibir más que alguna sonrisa de labios pintados, u oculta tras miradas esquivas. Y mi verdadera familia, tan lejos.

No entendió el porqué de mi boca curvada hacia abajo. Sintió que olvidé el acunar de la luna en mi sonrisa. Y puso rostro de asombro al masajear mi cuerpo delgado.

Me preguntó quien era. Y me quedé muda unos instantes, temerosa por mi propia duda. Así que decidí recordar quien soy. Después de semanas haciendo colas y colas para no conseguir más que nuevas varices y saber que siempre hay algún papel que juega al escondite, voy a recordar quién soy. Y es que desde que me atreví a retar a la gravedad surcando los cielos y abandoné ese barro que tintaba mis pies por las montañas nicaragüenses, no he tenido un ratito para recordarme.

¿Que me defina? Vale. Aquí estoy yo, sí, con mi extenso nombre lleno de detalles: Clara María Alfonsina. Que de pálida no tengo nada, con esta piel que aún recuerda la fuerza del sol. Tostadita, como cuando estaba bañada en café recién molido y frijoles llenos de cuajada.

Y Maria, ¡ay, la virgencita linda! Con la que me tocó compartir no más que el día de su concepción, el mismo que yo vi la luz, el 8 de diciembre. Y los ecos de la gente amenizando nuestra llegada:

- ¿Quien causa tanta alegría? ¡La concepción de Maria!

Porque lo de virgen no lo tengo tan claro, si siempre fue tan normal que mi cuerpo fuese un juguete en las tardes de domingo. ¿O también el sábado? ¿Los miércoles?

Y que decir cuando yo tuve el mío propio, cuando a mis trece años recién cumplidos apareció esa cabecita de bebé entre mis piernas. ¿Quien causó alegría entonces? Tal vez una leve mueca en la cara de mi tío Alfonso, hermano de mi madre, al que debo mi tercer nombre y el hecho de que mi cuerpo me resultara sucio cada vez que lo miraba.

Una cabecita, dos, tres, cuatro, con sus veinte deditos cada una, con sus tripitas y esas bocas que dejaron mis pechos colgando y orgullosos. Porque al final yo lo era todito para esas vidas. Incluso una Reina Maga más que inventaron las divisas para que llegaran regalos desde lejos, lejos. Llevando a las madres allí donde se fabrica el dinero porque los padres se quedaron mirando la estrella en alguna esquina. Aunque yo pensaba que las reinas vivían en suntuosos palacios, vistiendo ropas bien bonitas y siendo saludadas y queridas por las gentes del lugar. Yo me fui de donde no paraban de acosarme por la calle para llegar a donde ni siquiera saben que existo. De reina a mujer invisible. Para que digan que no tengo casi cosas en el currículum, si encima soy maga.

Esa soy yo. ¡Que susto, cuántas cosas! ¡Que no se las lleve el viento!

Y es que sin darme cuenta el aire empieza a bailar más rápido. ¿Se habrá enfadado con mi historia? Da tantas vueltas que se transforma en un gran huracán. Aún los recuerda mi memoria cuando destrozaban nuestras casas años sí años también. Y siento miedo. Pero tal vez no son esos vientos violentos los que más me lo provocan. Recupero muchas violencias huracanadas en mi vida. Las que me expulsaron de Nicaragua, las que me anularon en esta tierra prometida, pero sobretudo las que me alejaron de mi propio yo.

Espera, oigo voces. ¿Quién está ahí?

Mi pelo envuelto en una larga trenza empieza a soltarse en hilos e hilos negros y me ata al movimiento. Me meto dentro y en su interior veo otros cabellos oscuros que se juntan a los míos. Son más y más mujeres, y parecemos la misma. Ellas también fueron expulsadas de las vidas que les correspondían simplemente por nacer en este cuerpo hermoso de mujer.

Me llamo Clara María Alfonsina y tengo un huracán dentro. Acabo de encontrarme y encontrar otras como yo. Y he pensado que tal vez podemos juntar estos cabellos negros, esta fuerza que nos arrastró, para dirigir nuestras vidas y recuperar ese espacio propio.

¿Acaso no soy maga?



Irantzu Huici Santesteban